

CHINA EN OTOÑO

IONA ANDRONOV



Cuando llegué en octubre a Pekín con un grupo de turistas soviéticos, no reconocí la ciudad, aunque la había visitado hacía solamente tres meses. Las calles y las plazas de la capital china parecían disfrazadas: las paredes de las casas, los postes, la garita de los agentes del tráfico e incluso las calzadas estaban cubiertos de jeroglíficos multicolores con loas a Mao Tse-tung y a la “revolución cultural” o maldiciones y amenazas contra muchas relevantes personalidades del partido y del Estado. Y, en torno, todo eran densas multitudes de *junveibinos*, muchachas y muchachos con uniforme azul o verde y un brazal rojo en el brazo izquierdo. Habían venido más de dos millones y se pasaban los días enteros sin hacer nada por las calles; inundaban los mercados y los comercios, abarrotaban los autobuses y lo trolebuses, bloqueaban los accesos a los establecimientos oficiales contra los cuales, por orden superior, abrían “fuego huracanado”. Los juveniles semblantes de la mayoría de estos “revolucionarios” en pañales resplandecían de satisfacción. ¡Ya lo creo! Ahora, dando de lado los estudios, podían viajar por todas partes, vivir y comer a costa del Estado y, además asaltar comités del partido y ministerios cuando les dieran la orden...

Por toda China andan ahora de ciudad en ciudad unos diez millones de *junveibinos*. Para sus desplazamientos, las autoridades han destinado el 30% de los medios de transporte nacionales. Los trenes donde viajan *Junveibinos* tienen prioridad y los demás suelen llegar con bastante retraso.

En el sur de China ha habido sequía y mala cosecha; en otras regiones, el otoño ha dado mucho fruto, pero el traslado de productos es dificultado, según confiesan los periódicos chinos, por la escasez de medios de transporte. En Pekín, las estaciones están atestadas de *junveibinos* y miles de autocares llegados de otras ciudades causan embotellamientos a cada paso, porque los choferes no conocen la capital. Además, los nombres de muchas calles han sido cambiados durante la “revolución cultural” y los rótulos quitados o tapados con hojas de papel, pero no sustituidos por otros. Por eso reina una confusión que nadie puede desembrollar.

A todo esto, ya se dejan sentir los fríos otoñales. En la capital, según declaración hecha el 24 de octubre por Tao Chu, vicepresidente del Consejo de Estado de la RPCh, hay cien mil *junveibinos* enfermos. Existe el peligro de que se declaren epidemias. En todas las calles céntricas han sido abiertas letrinas provisionales. Sólo están aisladas de los transeúntes por biombos de lona de escasa altura en los que puede leerse, escrito con enormes jeroglíficos rojos: “¡Más alta la bandera roja del pensamiento del presidente Mao!”

El nombre de Mao Tse-tung cubre literalmente todas las paredes de la ciudad. En cada esquina, en cualquier calle, en todas las glorietas, las plazas, los hoteles, los restaurantes y las oficinas hay carteles rojos con máximas del presidente en letras doradas. Los ciclistas llevan en el manillar tablas con cintas de las obras de Mao. Idénticas tablas ornan los cochecitos de niños. Encima

La pugna por el poder en China, verdadera lucha de clases y no de grupos, es uno de los sucesos trascendentes de nuestros días. Diez millones de jóvenes, protegidos por las fuerzas de seguridad del Estado, invaden las principales ciudades de su país exigiendo la deificación de Mao Tse-tung. Sus métodos recuerdan los de los "camisas azules" de Chiang Kai-shek: odio al pasado, destrucción de lo que puede despertar curiosidad o inducir a la duda, fe en la violencia. Parecería que la nueva generación china hubiera sido educada en el maoísmo: es decir, dentro de una muralla levantada cautelosamente para impedir que

use su razón.

Ninguna de las enseñanzas de quienes como Lu Hsün se empeñaron en educar a la juventud china en la cultura occidental, para enriquecer su expresión y acrecentar su herencia espiritual, parece sobrevivir. Siguiendo una antigua costumbre funeraria china, los "guardias rojos" hacen con libros, grabados y pinturas un "montón de cenizas sobre la tierra desierta". Los que ayer, precisamente ante Lu Hsün abogaban por una "literatura proletaria", amenazan hoy a los obreros. Este drama, que no excluye lo grotesco, puede entreverse en el relato de Iona Andronov, testigo presencial.

de la puerta de las casas y de los comercios hay retratos de Mao sobre un fondo de rayos dorados o enmarcados con bombillas multicolores.

También encontramos cubierto de retratos y citas de Mao Tse-tung el hotel Hsinchiao, destinado a los extranjeros, donde me había hospedado ya este verano. En el hall, la más extensa de las citas cubría un bajorrelieve que representa la marcha del pueblo chino hacia el socialismo. En mi habitación había igualmente dos citas y un retrato del presidente. Ni siquiera en el cuarto de aseo era posible escapar a su presencia: las toallas tenían esta inscripción en rojo: "¡Convirtamos Pekín en una gran escuela del pensamiento de Mao Tse-tung!"

Por cierto que no sólo Pekín ha sido convertido ahora en esa "escuela". También vimos sentencias y retratos de Mao Tse-tung a cada paso en Nanking, Shanghai, Hangchow... A veces tropezábamos con la propaganda del "pensamiento de Mao Tse-tung" en los lugares más inesperados. En el Parque Zoológico de Nanking no había en las jaulas ni una sola tablilla con el nombre de los animales; en cambio, junto a cada una se alzaba una enorme pancarta roja con alguna cita de Mao Tse-tung en letras doradas. Junto a la jaula de los osos pardos podía leerse lo siguiente:

Cualquiera que sea el enemigo, hay que luchar contra todo enemigo. No se puede tener una actitud ligera hacia el enemigo. Hay que identificarlo bajo cualquier disfraz y luchar contra él.

A lado del parque de los antílopes, la inscripción decía:

¿Cómo aplicar la gran revolución cultural y proletaria en un lugar concreto? ¡Hay que apoyarse en las ideas arrolladoras de Mao Tse-tung!

En Hangchow, los representantes de la Luhsingshe, agencia china de turismo, que nos acompañaban tenían preparada otra sorpresa para nuestro grupo. A la orilla del Lago Hsihu nos hicieron montar en lanchas para llevarnos a la isla donde, en un ligero y elegante pabellón, vive un loro sabio de Yenán. Era un loro grande, negro como un cuervo, con el pico rojo y unos ojillos de rabiosa expresión. Un empleado metió un trocito de carne por entre las varillas de la jaula y le preguntó al loro sabio:

—¿Quieres carne?

—¡Carne! ¡Carne! —repitió ávidamente el loro.

Pero el empleado apartó rápidamente la mano que sostenía la carne y prosiguió:

—Entonces, dí lo que te he enseñado... ¡Vamos!

El loro no decía nada. Se limitaba a abrir y cerrar ruidosamente el pico y sacudir la cabeza. El empleado seguía engatusándole con el trozo de carne y repetía impaciente: "¡Wei, wei! ¡Dilo ya! ¡Dilo!..."

Hasta que el loro no pudo aguantar más, irguió la cabeza y gritó tres veces:

—¡Mao Tse-tung, wangsui!*

La alegría del empleado fue indescriptible. Se conoce que con-

sideraba a su loro como una de las maravillas de la "revolución cultural".

A cada momento nos hacían ver que nos encontrábamos en un país embargado por esa "revolución". No he olvidado las palabras con que empezaba una de las informaciones de la agencia Hsinhua. Con su énfasis habitual, decía: "¡El torbellino de la gran revolución cultural proletaria se extiende por China!"

La comparación con el torbellino no carece de exactitud. La "revolución cultural" ha dejado efectivamente bastantes destrucciones en las calles de las ciudades chinas. Pero ¿por qué se adjudica a esa "revolución" epítetos como "grande, proletaria, cultural?" A este respecto ha aparecido en la prensa mundial buen número de críticas acertadas. Sin embargo, como dicen los propios chinos, "más vale ver una vez que oír cien". Por eso, en Pekín, me dirigí antes que nada, porque ya la conocía, a la calle de Wangfuching, el barrio más animado de la ciudad.

Esta calle, donde se encuentran las tiendas y los restaurantes mejores de la capital, los grandes almacenes y la redacción del Jenminjihpao, estaba desconocida. Por lo pronto, sobre los rótulos con el nombre anterior habían sido pegadas unas hojas de papel en blanco. Los comercios no tenían ya sus anuncios de gas neón y las vitrinas parecían todas iguales con retratos y citas de Mao Tse-tung por único adorno.

Entré en el famoso pasaje *Tunán shihchang* (Calma oriental), rebautizado ahora con el nombre de *Tungfeng shihchang* (El torbellino oriental) y traté de dar con la conocida tienda de libros viejos que ofrecía raros ejemplares en chino y en lenguas europeas. Pero ya no existía. Más tarde supe que cuantos libros contenía habían sido quemados por "no reflejar las ideas del presidente Mao". Idéntica suerte corrieron otras librerías de la capital. ¡En el país inventor del papel y el primero en aprender el arte de la imprenta!

Hasta hace poco en China eran traducidas y estaban muy difundidas las obras inmortales de Shakespeare, Balzac, Tolstoi, Rolland, Pushkin y otros genios de la literatura mundial. Ahora han sido prohibidas. Y eso que muchas novelas de Balzac fueron traducidas en China antes que en los EE.UU. y Balzac era más leído en China que en Francia. Obras de Shakespeare se representaban en muchos teatros chinos y el film ballet *Romeo y Julieta* fue favorablemente acogido hace algunos años por el propio presidente. Ahora, todo eso es el pasado. En las librerías de Pekín sólo ofrecen hoy libros y folletos de Mao Tse-tung.

Del comercio han sido igualmente retiradas las preciosas creaciones del arte chino: porcelanas, esculturas en piedra y madera, cerámica, tallas en marfil, cuadros sobre bambú y seda. Las tiendas de antigüedades y de objetos de arte no existen ya. Sólo son vendidos a los extranjeros, por divisas, en locales especiales. En uno de ellos vi en Shanghai vasijas de madera y figurillas de animales de finísimo trabajo. En medio, una inscripción en inglés decía:



La talla en madera se desarrolló durante siglos en China como arte popular eminente. Las tallas en madera son muy numerosas, exquisitas y atractivas.

Entonces, pensé yo, ¿a qué se debe que estas obras de "arte popular eminente" y otras por el estilo se hallen hoy prohibidas para el pueblo chino, estén declaradas "perniciosas" y "hueras" y, a petición de los *junveibinos* hayan de desaparecer porque "no reflejan el pensamiento del presidente Mao"?

De hecho, contra la multiseccular cultura de China ha sido dictada sentencia de muerte. Nosotros hemos visto cómo se ejecuta. En Pekín, en el palacio museo de Yihoyuan, mundialmente famoso, el "torbellino de la revolución cultural" ha barrido casi todos los tesoros del arte. Han desaparecido los jarrones de porcelana con adornos imitando ramas de melocotonero, los enormes espejos con marco de ébano tallado, las arañas de cristal policromo, los muebles antiguos. Muchos frescos han sido embadurnados de cal o de cemento por haberle disgustado a alguien su "matiz feudal". En el museo no ha quedado ni un solo guía. Por todas las salas y las galerías pululaban los *junveibinos*. Allí pasan el día, allí pernoctan y allí evacuan sus necesidades. En algunas estancias del palacio el hedor es tal que no es posible pasar de la puerta.

Otro acervo del arte chino, el palacio de Kukung, está cerrado para los visitantes so pretexto de que se procede a "cambiar las muestras". En torno a Kukung, las murallas están recubiertas de gigantescos jeroglíficos ensalzando al presidente Mao.

En Shanghai ha sido cerrado el famoso Museo de Historia del Arte donde estaba reunida una fabulosa colección de antiguas vasijas de arcilla, armas y vajillas de bronce, cristalería, utensilios de piedra, porcelanas, pinturas sobre seda y primeros documentos manuscritos. Muchos objetos tienen más de siete mil años. Habían sido reunidos uno a uno por el país entero o comprados a particulares. En 1949, cuando el Ejército Popular de Liberación se aproximó a Shanghai, los consejeros militares norteamericanos agregados a la guarnición de Chiang Kai-Shek embalaron en cajones muchos objetos valiosos del museo, para enviarlos a los E.E.UU. Los regimientos del EPL se adueñaron impetuosamente de la ciudad, evitando el robo de la mayoría de las obras del arte popular. Ahora, el museo está amenazado por un "cambio de muestras". En el vestíbulo hay ya hileras de pancartas rojas con citas de Mao Tse-tung...

En Hangchow visitamos uno de los mayores conventos budistas de China; Lingyin (Morada del espíritu). En él, lo más curioso son decenas de estatuas grandes y pequeñas de Buda y sus discípulos talladas en la roca viva. Estas esculturas, creadas en la Edad Media, son tan excepcionales que, durante la ocupación, los japoneses se llevaron parte de ellas arrancando la roca. Ahora, los *junveibinos* discuten, según nos dijeron, si se debe destruir o dejar las estatuas que subsisten. De momento, sobre lo pétreos semblantes de los Budas han sido pegados carteles de papel que dicen: "¡Destruyamos todo lo viejo!", "¡Viva Mao Tse-tung!"

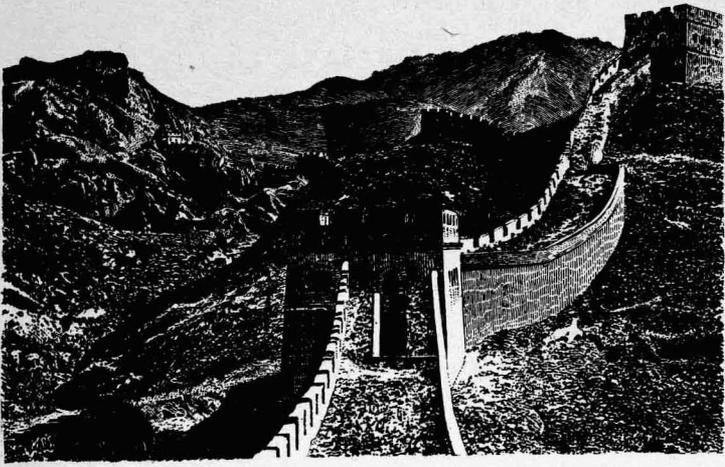
Durante la "revolución cultural" corren peligro no solamente los monumentos, sino también un número considerable de intelectuales. En las calles de Shanghai vimos algunas octavillas donde se comentaban los rumores acerca del suicidio de ciertos artistas. La prensa extranjera ha informado que, debido a las persecuciones por parte de los *junveibinos* se habían suicidado el escritor Lao She, autor de la novela *Rickshaw*; el cantante de ópera Fu Liu, traductor de Balzac y de Rolland... En Hangchow vi la fotografía de uno de los suicidas "que no pudo soportar —como se decía desdeñosamente al pie del retrato— dos meses de crítica de los alumnos revolucionarios que le invitaban a reeducarse en el espíritu del pensamiento del presidente Mao". El cadáver del suicida estaba fotografiado con una soga al cuello. Al parecer, el infeliz se había ahorcado de la cabecera de la cama.

Por todo Hangchow estaba pegada otra fotografía: un hombre de mediana edad con suaves facciones. El pie de la foto decía que se trataba de Hsu Hua, profesor de literatura de la Escuela Normal de la ciudad, que "después de la crítica" había desaparecido en dirección desconocida. Seguían sus señas personales y la advertencia, a todos los *junveibinos*, de detener al profesor. Vimos carteles análogos en Shanghai y Nanking. Al lado de algunos se informaba, bajo el título de "Fausta noticia", la captura del fugitivo...

Se diría que la "revolución cultural" arremete lo mismo contra los vivos que contra los muertos. En el cementerio de la parte occidental de Pekín, donde yacen los restos del famoso pintor Chi Pai-shih, los *junveibinos* de la Universidad pequinesa derribaron muchos monumentos funerarios, incluido el de la tumba del gran pintor. Ésta la cubrieron de inscripciones ofensivas. Chi Pai-shih, fallecido en 1957, ha sido póstumamente acusado de pintar "cuadros negros". En realidad, el artista era un cantor del paisaje rural chino: dibujaba flores, aves, árboles, animales. Vivía muy humildemente, se negó a vender sus obras a los intervencionistas durante la ocupación nipona, estaba cerca de la gente del pueblo, entre la que gozaba de gran cariño.

Después de todo esto, suena como una profanación el intento de dar el calificativo de "proletaria" a la "revolución cultural". ¿Qué tiene que ver aquí el proletariado? Al obrero auténtico, al hombre del trabajo y de la creación, le repugna esa psicosis de destructivismo general y de nihilismo respecto a todos los valores de la cultura. En todos los tiempos, ha sido el pueblo trabajador el que ha creado la mayoría de esos valores. *La revolución socialista no destruye las grandes obras de arte; las convierte en patrimonio de todos los trabajadores, hace que el pueblo goce de los tesoros culturales acopiados en su país. Así se hizo en 1917 en Rusia.*

Aproximadamente del mismo modo se desarrollaron los sucesos en China en la década del 50. Y el proletariado chino se encontraba entonces en la primera línea de los acontecimientos, cosa que no puede decirse hoy de ningún modo. Prácticamente,



el proletariado no participa en la presente "revolución cultural". Entre los millones de *junveibinos*, que andan en tropel por las ciudades de China, no hay apenas obreros. Nosotros visitamos en Pekín, Nanking, Hangchow y Shanghai algunas importantes empresas, fábricas y poblados obreros y encontramos allí contadísimas personas que llevarán el brazal rojo de los *junveibinos*. Es más, hace poco los obreros de la primera fábrica textil de Pekín declararon una huelga contra un grupo de *junveibinos* que trataban de mangonear en su empresa. En otras varias ciudades, los obreros se organizaron y les zurraron de lo lindo a los *junveibinos* que intentaban asaltar los comités locales del partido. Todo demuestra que el epíteto de "proletaria" no le pega de ninguna manera a la "revolución cultural".

Por casualidad he presenciado en junio y en octubre los tumultuosos incidentes ocurridos en la calle pequinesa de Tai-chichang, donde se encuentra el comité urbano del Partido Comunista de China. El 2 de junio, por decisión del Comité Central, fue destituido Peng Chen, el primer secretario de dicho comité, acusado de atacar bajo cuerda el "pensamiento de Mao Tse-tung". Al día siguiente fue nombrado para sustituirle Li Hsueh-feng, jefe del Buró del Comité Central en el Norte de China. El comité urbano fue renovado. Y el 4 de junio, de toda la ciudad se dirigieron columnas de pequineses hacia la Tai-chichang para prestar "juramento de fidelidad" al nuevo comité. Ensordecía el redoble de tambores, ondeaban las banderas, infinidad de retratos de Mao flotaban sobre la multitud.

Los componentes del nuevo comité urbano se alinearon ante la fachada de su residencia. Abriéndome paso entre el mar humano observé durante varias horas cómo las columnas de empleados de las instituciones y empresas saludaban a sus nuevos dirigentes y les prometían lealtad sin límites. Los desfiles duraron cerca de dos semanas. Aquellos días, el Jenminjihpao decía que la reorganización del comité urbano significaba "una nueva victoria del pensamiento de Mao Tse-tung" en la "revolución cultural".

Pero estos juramentos estaban ya olvidados cuando a mediados de octubre volví a la calle de Taichichang, que ahora se llama "Calle de la frustración del revisionismo". Todas las paredes de las casas y la fachada del comité urbano estaban cubiertas de proclamas que emitían amenazadoras acusaciones contra los componentes del comité y de su primer secretario. La calle estaba abarrotada de *junveibinos*.

Una de las proclamas, escrita con grandes jeroglíficos en treinta hojas de papel de un metro cada una, contenía 21 acusaciones contra Li Hsueh-feng. En su mayoría eran fragmentos de palabras que se le atribuían, afirmándose que las había pronunciado hacía unos cinco o seis años ante algún grupo de miembros del partido o de las juventudes comunistas. Me asombró que los *junveibinos* —unos mozalbetes— estuviesen tan bien enterados. Poco después vi en otra calle pequinesa una proclama

no menos sorprendente de los *junveibinos* contra Wang Kuang-mei (esposa de Liu Shao-chi, el presidente de la República), del Comité Ejecutivo de la Federación de Mujeres Chinas. Se le acusaba de practicar el "terror blanco" y de actividad "contrarrevolucionaria", tomándose por base sus conferencias telefónicas. Después de leer varias proclamas me convencí de que los "pequeños promotores de Mao Tse-tung" estaban prodigiosamente enterados de cada paso que daban las personas acusadas por ellos. Se veía que escribían al dictado. ¿De quién?

Al leer las proclamas uno se preguntaba: ¿por qué no era el partido, el pueblo trabajador —los obreros, los campesinos, los empleados— los que juzgan la conducta de los dirigentes del partido y del Estado? ¿Por qué hombres avezados son eliminados en su mayoría de la vida política y se ponen importantísimos problemas públicos en manos de los *junveibinos*, unos mocosos?

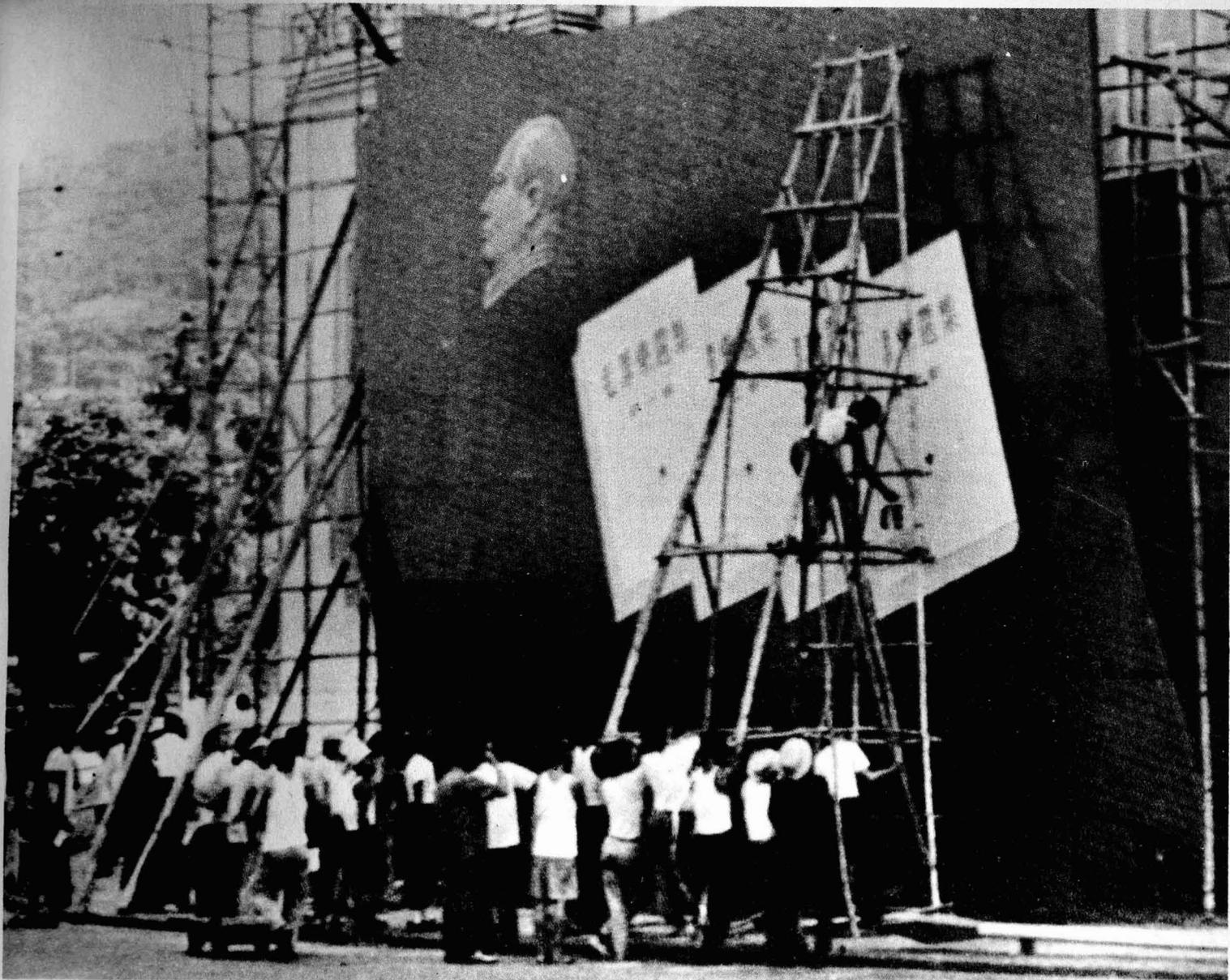
Intenté hallar contestación a estas preguntas durante mi reciente visita a China. Además de Pekín, nuestro grupo de turistas estuvo en Shanghai, Nanking y Hangchow. Leímos en todas partes octavillas, carteles, tatsu pao, los "periódicos de grandes jeroglíficos" manuscritos. Y cuando nos lo permitieron los representantes chinos que nos acompañaban, conversamos con la gente.

¿QUIEN RESPALDA LA "REVOLUCION CULTURAL"?

Desde que uno ve a los *junveibinos* salta a la vista que a estos jovencuelos los dirigen hombres de uniforme. En Pekín, en cuanto llega un nuevo tren con *junveibinos*, sus dirigentes saltan al andén y, en posición de firmes, escuchan las instrucciones de un hombre con el uniforme del Ministerio del Interior: guerrera verde y pantalones azules. También es significativo que, hasta hace poco, la plana mayor de los *Junveibinos* pequineses se encontrara en la Dirección de Seguridad Pública de la capital.

Durante las grandes manifestaciones, los *junveibinos* patrullan Pekín en camiones militares. Con ellos van, por lo general, dos o tres soldados. También es habitual que las columnas de *junveibinos* las encabecen soldados. Muchos *junveibinos* visten el uniforme militar. El 2 de noviembre, conforme a una carta firmada por la secretaria del Comité Central del partido y la secretaria del Consejo de Estado de la República, se ordenó a los *junveibinos* "subordinarse al mando del ejército". Como se sabe, el jefe del ejército es el ministro de Defensa, Lin Piao. Se ha anunciado oficialmente que el "comandante en jefe de los *junveibinos*" es Mao Tse-tung y el "comandante en jefe adjunto", Lian Piao, al que se denomina el "compañero de armas más próximo y el mejor discípulo del presidente Mao".

Los millares y millares de *junveibinos* que llegaban a Pekín se dirigían cada día al Comité Central, para recibir instruccio-



nes de cualquier componente del grupo formado para llevar a cabo la "revolución cultural". Este grupo actúa adjunto al Comité Central y lo encabeza Chen Po-ta, del Buró Político, que tiene por primer suplente a Kiang Ching, la esposa de Mao. Lo integran Kang Sheng y Tao Chu, del Buró Político, tres altos funcionarios del Ministerio de Seguridad Pública y dos representantes del Estado Mayor General del ejército.

Los periódicos chinos no ocultan ya que muchos dirigentes del partido declarados "impuros" habían criticado públicamente en los últimos años fracasados experimentos económicos de Mao Tse-tung como el "gran salto" y las comunas populares. En el Comité Central y en los comités provinciales del partido muchos, además de criticar al presidente Mao, han puesto en tela de juicio el valor de sus ideas político-filosóficas. El fracaso de la política exterior de Pekín en Asia y África y el creciente aislamiento de China en el terreno internacional y en el movimiento obrero seguramente aumentaban el número de los que dudaban en la razón del "pensamiento de Mao Tse-tung".

La aplicación de este "pensamiento" le ha costado cara al pueblo de China. La industria y la agricultura han sufrido grandes pérdidas, y la producción ha vuelto al nivel de 1957-1958. En las comunas populares que vimos en los alrededores de Pekín y Hangchow, los campesinos viven hacinados y en una pobreza extrema. En una gran empresa como la fábrica de abonos químicos de Nanking, donde estuvimos, un obrero calificado gana por término medio 40 yuanes al mes, mientras que una

bicicleta cuesta por los menos 125 yuanes; un traje, 100; un televisor, 440. En cuanto a los alimentos, casi todos están aún racionados, aunque corre el año dieciocho de la República Popular China.

Se invita a los trabajadores a entregar todas sus fuerzas al trabajo; les enseñan, conforme al "pensamiento de Mao Tse-tun", a "no temer las dificultades, a sacrificarse valientemente", pero, como nos dijeron en una fábrica de Nanking, un obrero que rebasa las normas de producción es premiado solamente con un librito de aforismos de Mao. Los trabajadores no tienen vacaciones, si enferman han de pagar el tratamiento. En cuanto al nivel de la asistencia médica, Liang Hsing-lang, director de un sanatorio de las proximidades de Hangchow para enfermedades intestinales, hipertensión, reumatismo y enfermedades de la mujer, nos dijo:

—Algunos enfermos padecen de sentimentalismo nocivo. Hay que combatirlo con ayuda de las obras del presidente Mao. Cada día, nuestros pacientes participan en la lectura de obras de Mao. Gracias a ello se vuelven optimistas. La medicina es importante, pero en primer lugar hay que promover en todas partes la política.

No es extraño que los sumos pontífices actuales de China al chocar con la grave situación en el partido y sin poder contar con el apoyo del pueblo, harto de experimentos económicos, decidieran apelar al ejército y los sectores estudiantiles jóvenes oscurecidos por la propaganda del "pensamiento de Mao". A



millones de mozalbetes se les dio orden de abandonar los estudios y "abrir fuego" contra casi todos los comités del partido en las provincias y las grandes ciudades. Y en toda China comenzó la "revolución cultural".

Pero durante nuestra estancia en Shanghai y Nanking vimos que los acontecimientos no se desarrollaban muy en favor de los actuales dirigentes de China.

Exteriormente, estas dos ciudades difieren poco ahora de Pekín: las paredes de las casas están cubiertas de proclamas y octavillas de los *junveibinos*, en todas partes hay tableros rojos con sentencias y retratos de Mao Tse-tung. Pero en Nanking, al lado de los llamamientos a asaltar el comité urbano del partido leímos consignas opuestas: "¡Defendamos el comité de Nanking, impidamos su destitución!" En Shanghai, la polémica en torno a este mismo tema no fue puramente verbal.

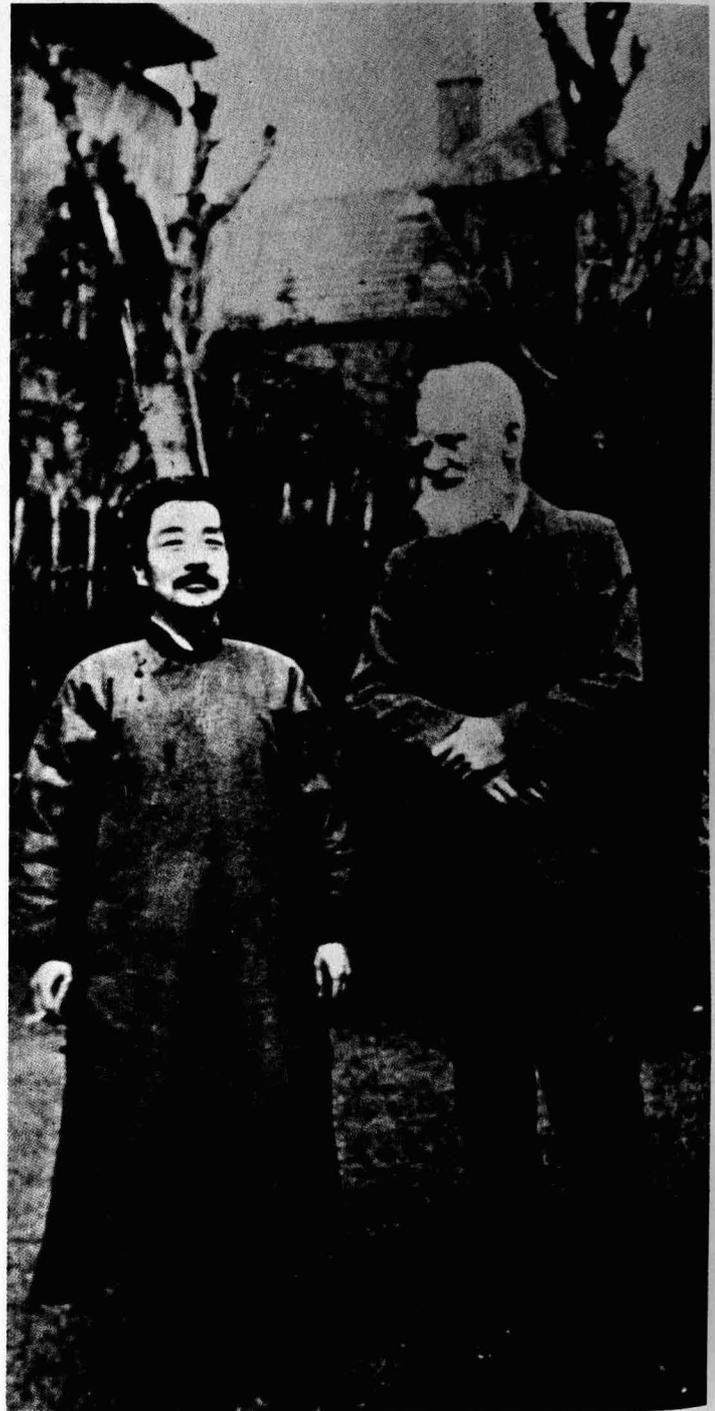
A fines de agosto, el comité urbano del partido en Shanghai fue acusado de "revisionista" y el 4 de septiembre una escuadra de *junveibinos* llegada de Pekín tomó por asalto el edificio del comité. Los que ofrecieron resistencia fueron golpeados con palos, correas y piedras. Al asalto se opusieron los obreros de la Primera fábrica textil. Por aquellos días, la fuerza estaba al lado de los *junveibinos* pequineses. Ahora, la situación ha cambiado algo. A Shanghai siguen llegando nuevos y nuevos grupos de los *junveibinos* pequineses con el propósito de "reorganizar por completo" el comité urbano del partido. Pero chocan con la resistencia bastante decidida de algunas organizaciones locales de *junveibinos* controlados por la dirección urbana del partido. Los "estudiantes revolucionarios" pequineses amenazan en sus proclamas con "arrancar las cabezas de perro" de los "renegados" de Shanghai, los que a su vez califican a los llegados de "vagabundos", "malhechores" e "impostores" y piden que "se ate corto a los pequineses" y que "continúe en su puesto el comité urbano". A veces se llega a las manos: en una calle vimos exhibir el chaquetón ensangrentado de un *junveibino* apaleado en una reyerta entre los de Pekín y Shanghai. Se dice que estos choques se resuelven ahora más a menudo en favor de los *junveibinos* de Shanghai, apoyados por el proletariado en los momentos críticos. No obstante, los *junveibinos* pequineses no cesan: en los últimos días han atraído a parte de los de Shanghai y siguen la encarnizada campaña contra el comité urbano.

Esta situación confusa existe también en otras ciudades. El *Hungchipao*, periódico de los *junveibinos* de Pekín, decía el 11 de noviembre: "Nos oponen resistencia en todo el país, una resistencia presente en todas las esferas y que adquiere distintas formas".

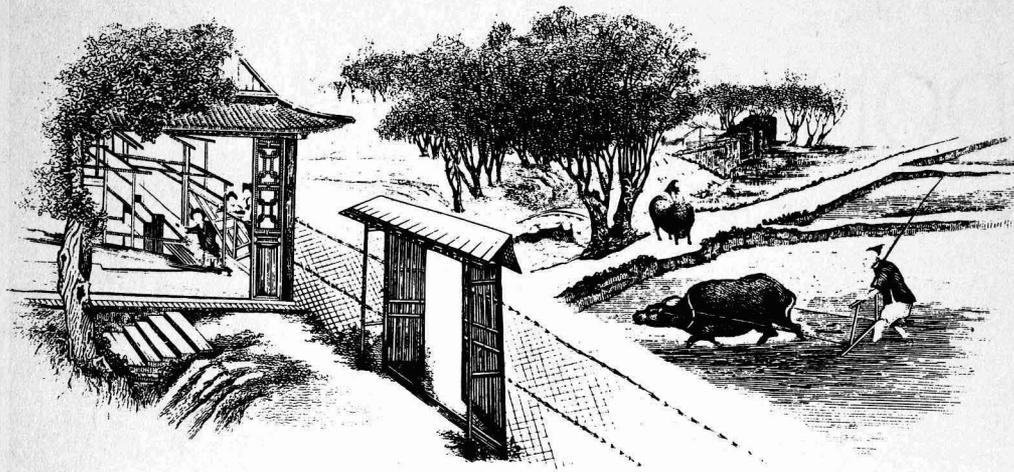
Como vemos, la "revolución cultural" no transcurre tan fácilmente como quisieran sus inspiradores.

COMO SON PREPARADOS LOS "JUNVEIBINOS"

Los dirigentes pequineses consideran que el movimiento de los



Lu Hsün y Bernard Shaw



junveibinos, a pesar de ciertos fallos, *cumplirá la misión encomendada y suprimirá del partido y de la administración pública a todos los adversarios de Mao Tse-tung.*

La juventud estudiantil ha sido educada en un espíritu de fidelidad absoluta a Mao. Le han enseñado a cumplir ciegamente sus instrucciones. El entrenamiento empieza a los tres años.

En Pekín nos enseñaron la guardería infantil de la Segunda fábrica textil, donde los chiquillos repetían estas palabras de la educadora:

—¡Debemos aprender del presidente Mao! ¡Debemos ser dignos discípulos de Mao! ¡Hay que barrer toda la impureza!

Después, la educadora hacía una señal y los niños decían acompañándose de palmadas:

—¡El presidente Mao es el sol rojo en nuestros corazones! ¡Queremos a papá y a mamá, pero no queremos a nadie más que al presidente Mao!

Preguntamos si los chiquillos sabían alguna otra canción o cuento. La educadora nos dijo que sólo cantaban canciones sobre el presidente Mao y que “no necesitaban” saber cuentos. Cuando le objetamos que muchos cuentos populares infantiles enseñan a ser buenos, honrados, justos, laboriosos y que en los cuentos hay una gran sabiduría popular, la educadora contestó irritada:

—¡Quién necesita la sabiduría popular? En el mundo no hay más que una sabiduría, la de nuestro gran jefe, el presidente Mao. Es la única que debemos aprender.

Estuvimos en otras tres guarderías infantiles y vimos lo mismo. En la de una granja de té, cerca de Hangchow, niñas de tres años dirigidas por la educadora cantaban una canción consagrada a Mao Tse-tung. En Shanghai, en la guardería infantil de la barriada obrera de Changning, niños y niñas con libros rojos de citas de Mao en las manos bailaban y cantaban:

¡Sobre Oriente ha salido el sol rojo!

¡Ay, ay, sol rojo!

¡Las obras de Mao son un tesoro!

¡Ay, ay, un tesoro!

¡Las obras de Mao irradian luz!

¡Ay, ay, irradian luz!

En una comuna de los alrededores de Pekín, unos rapazuuelos de cuatro años gritaban con el puño en alto:

—La base teórica del moderno desarrollo son las ideas de Mao Tse-tung. ¡Empuñemos la pluma para luchar contra la banda negra! ¡Abajo los tigres de papel: el imperialismo norteamericano y el revisionismo moderno! ¡Defendamos al presidente Mao! ¡No por gloria no por interés queremos ser promotores de la revolución cultural!

Los alumnos de las escuelas primarias —del primero al sexto

grado— aprenden de memoria citas de las obras de Mao Tse-tung. Desde el séptimo grado, los escolares, lo mismo que los estudiantes, han dejado los libros, porque se les ha confiado la puesta en práctica de la “revolución cultural”. Durante la aplicación de ésta, los escolares han de aprender con redoblado celo el “pensamiento de Mao” mediante la lectura de una especie de breviario llamado *Florilegio* de las obras del presidente Mao Tse-tung, que ha sido distribuido entre ellos. Comienzan la jornada con la lectura colectiva de estos libritos y vuelven a ella varias veces al día. En circulares especiales se les ha indicado qué cita deben leer en cada ocasión. Los “escolares revolucionarios” no dejan su breviario ni de día ni de noche: lo estudian en los trenes y los autobuses, gritan a coro las citas en el teatro, en el cine, en el circo antes de la función y en los entreactos, y por la noche, antes de acostarse, abren el “libro de oraciones” y cantan a coro aforismos de Mao Tse-tung. La preocupación fundamental de estos chicos es cumplir los “cuatro siempre”: “Tener siempre en la mano un libro del presidente Mao; en los labios, palabras del presidente Mao; en el corazón, el pensamiento de Mao; proceder siempre conforme a las indicaciones de Mao.”

Esta idolatría es la condición básica para que el escolar sea admitido entre los *junveibinos*. Por lo que deducimos de conversaciones con *junveibinos* y de la lectura de periódicos suyos, para admitir a un escolar en sus filas se guían ante todo por la “conducta ideopolítica” del muchacho, es decir, por la actitud hacia el “pensamiento del presidente Mao”.

El moldeamiento de los jóvenes sigue en las secciones de los *Junveibinos*. Éstas existen en todos los centros docentes en muchas instituciones y empresas. Cada sección está presidida por un comité. En la Segunda fábrica textil de Pekín nos explicaron que los organismos del partido han sido eliminados del procedimiento de formación de estos comités. Tampoco pueden dirigirlos ni disolverlos.

Los comités de los *junveibinos* dependen de la EE.MM. distritales de esta organización, los que a su vez se subordinan al Estado Mayor urbano. En Shanghai vi una instrucción para los *junveibinos* colgada en la céntrica calle de Nanking-lu, en la cual se decía que sus secciones tenían derecho a editar y difundir publicaciones y organizar desfiles, reuniones y mítines. También se les autorizaba, bajo la dirección de instructores militares, a ejercitarse en tiro, combate cuerpo a cuerpo y lanzamiento de granada. Algunas secciones escogidas de *junveibinos* se llaman “escuadras” o “regimientos” y, por su carácter, son unidades juveniles para militares. Amenazan a todos los contrarios con “arrancarles la cabeza”, “retorcerles el cuello”, “derribarlos y patearlos”. Hacen llamamientos a desplegar el “terror”, a llevar a cabo “una gran matanza”.

[*Tiempos Nuevos*, Nos. 48 y 50. Moscú, diciembre de 1966]